

IV LIBROS

“ITINERARIO DE TRENES”

de
Jaime Marchán

Novela. Editorial Verbum. Madrid, 2000.

Por Carlos Cerda.

Lo que me llamó más gratamente la atención en esta novela de Jaime Marchán es su maestría para introducir los motivos centrales del relato y su talento para potenciarlos.

Tres son estos motivos, entretejidos con habilidad de bordadora: el motivo de los trenes, que es a su vez el de la infancia que se pierde; el motivo de amor, que es aquí el de la mujer inconquistable y, por lo mismo, también la pérdida y, en tercer lugar, el motivo del ser, el motivo filosófico, la pregunta que pone en movimiento el pensar de occidente, vinculada sabiamente en la novela a la sorprendente personalidad de Thales de Mileto, una de las cumbres del pensamiento presocrático, el pensar que es la más diáfana expresión de esa radicalidad y de esa gratuidad que, según Heidegger y sus seguidores, caracterizó el origen de la filosofía.

Estos tres motivos se entrelazan en un tejido que tiene la trama propia de la trenza. Se suceden pero también se potencian: progresan y se apoyan al mismo tiempo que se orientan a un derrotero común que los acoge y al mismo tiempo los explica. Y ese común destino al que se abalanzan estos tres motivos o continentes de la novela no es sino la pérdida.

En el primer continente, los trenes y la infancia se viven como nostalgia, como improbable recuperación de lo que ya no es, como pérdida de una edad, de unas experiencias, de unas sensaciones que, voluntariamente reconstruidas, tienen las carencias propias de lo inauténtico – al menos de lo imposible - y por lo mismo terminan expresando la vulnerabilidad de es mismo recuerdo y la inevitable sensación de pérdida que acompaña esos afanes nostálgicos.

En el segundo continente, la mujer - en este caso es también la mujer de otro - se incorpora al triángulo entregando de sí todo aquello que no ponga en

peligro su relación con el esposo, algo semejante a una precedencia en un orden de pertenencias previamente establecidas. Aceptado este orden por Francisco, el protagonista, su insistencia es fiel a lo que Nina ha dejado establecido y que él ya no pretende alterar. Sus encuentros son, por eso, siempre un empeño de reconstrucción que no progresa; en las citas en Venecia o en Milán a lo más se recupera la intimidad alcanzada en el anterior encuentro; en el *rendez-vous* siguiente la tarea será alcanzar el punto que marcó la anterior recuperación. Una especie de Sísifo que dilapida en este amor sin progresos las fuerzas que lo hacen empujar siempre de nuevo la piedra que se vendrá abajo apenas alcance la cumbre de la colina. Y es por eso que la pérdida en este caso no es del mismo paño que la asociada a los trenes, al juego de la infancia. Esta, la infantil, es algo que tiene que ver con un estado inevitable, que se vincula a un crecimiento y a un tránsito natural, sea cual sea la herida que nos deje. La pérdida que se manifiesta en el amor es, en cambio, consustancial a la condición del hombre. Ningún crecimiento la explicará, ninguna madurez la superará. Está escrita en ella la ley del absurdo y se puede expresar con la frase que Camus cita de Kafka en *El Mito de Sísifo*, cuando Frida le dice a K, su amado: *Dios mío; qué sola me siento desde que te conozco y no estás conmigo*. De ese tamaño, ni más ni menos, es la pérdida que siente el joven diplomático Francisco Miranda cada vez que su cercanía con Nina Duranti se hace imposible, cada vez que está, él también, en la condición de exclamar: *Dios mío; qué solo me siento... ¿Cuándo?... desde que te conozco... ¿por qué? ... Porque no estás conmigo*. El triángulo reparte de manera más o menos ecuánime entre los amantes esta manifestación de absurdo que se da en el acto de amar: esta dualidad presencia –ausencia; compañía –soledad. Cuando los amantes están disfrutando la compañía, el marido experimenta la soledad; cuando Francisco puede exclamar *Dios mío, que solo me siento*, es porque el matrimonio ha recuperado al menos los gestos de la compañía y con ello exorcizado el absurdo. La única que no experimenta la soledad, el menos ese tipo de soledad, es Nina, la adúltera, a quien le está reservada, sin embargo, la soledad definitiva y el absurdo mayor, si fuera posible graduar la total, ausencia de sentido. El accidente en que muere su esposo alejará a Francisco de su cercanía pues éste respeta el duelo de Nina. Confía además en una restauración que recompondrá el sentido: ya no estará solo. Ya no habrá motivo para estarlo. Pero el tiempo que para él es espera de reencuentro, para Nina es consumación de una relación nueva ya antes iniciada y sugerida claramente en la novela. Para Francisco, en cambio, el suceso que pudo acercar la felicidad no hizo sino restablecer el sin sentido.

Consciente de este sentimiento del absurdo, Francisco se aterra ante la posibilidad de un agravamiento de una depresión que pueda llevarlo a la locura o al suicidio. Recurre entonces a la ayuda de un psiquiatra, pero sobre todo se aferra a un antiguo sueño. Visitar la ciudad de Mileto, reencontrarse con el viejo filósofo y

con las preguntas inaugurales, con esa vocación por el saber profundo que lo acompañó desde pequeño, aunque él lo desdenara y le diera un espacio mezquino en su vida de hombre de mundo, diplomático entregado al empeño de una carrera, y unas influencias, y unas concesiones que habrían de llevarlo a la cúspide, aunque no estuviera muy claro de qué cúspide se trataba y mediante qué sacrificios o nuevas pérdidas se podía llegar hasta allí.

El viaje a Thales, episodio final de la novela, es la recuperación de un principio, al menos de un origen, ese "origen y epílogo de la filosofía" de la que nos habló Ortega para abarcar un decurso que, como el arco iris, tiene que ver con la luz, que se descompone en colores, y curiosamente con el agua, esa que Thales sabiamente elevó a principio de todas las cosas, causa y sustento. Pero también con lo que está en el comienzo y en el fin, para decirnos que nuestra condición más humana es temporal, es finita, y por lo mismo, es inevitablemente vulnerabilidad y pérdida, pero al mismo tiempo vida-con-sentido-de, aunque ese no sea sino el sentido del absurdo. Vida siempre incompleta, siempre haciéndose entre pérdidas y logros transitorios. Vida en curso continuo, como los trenes que amaba Francisco; itinerario que entre la estación de partida y la de término, entre el origen y el epílogo, es siempre sorpresa y sólo sorpresa.